

Carta pastoral
Monseñor Christian Rodembourg, M.S.A.
Obispo de la diócesis de Saint-Hyacinthe
Abril de 2026 - ecdsh.org



*Que la Palabra resuene
en nuestras vidas*

**Un camino para la misión
al servicio del anuncio
del Evangelio de Cristo**

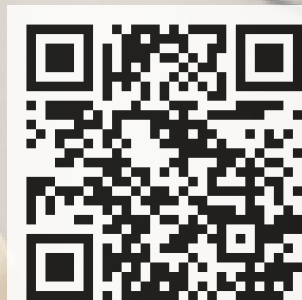
Cartas pastorales

- +¿Qué cristiano para qué esperanza?
Aquí y ahora (2025)
- +Llamados a dar testimonio de fe
juntos (2024)
- +De pie por vosotros (2021)
- +En tu inmensa ternura (2021)
- +En tiempos de crisis, atrevámonos a
la esperanza (2020)
- +Ni siquiera la oscuridad es oscuridad
para ti (2020)
- +A vosotros, discípulos misioneros
(2018)

Y además

- +Reaviva en ti la esperanza en la vida
del mundo

Para consultarlas



Queridos hermanos y hermanas,

El próximo mes de septiembre celebraremos en Quebec una gran Asamblea misionera titulada *Nos apremia a anunciar el Evangelio*. Con motivo de este evento, deseo compartir con ustedes mi reflexión sobre el anuncio de la Buena Nueva de Jesús y el proceso sinodal que se está viviendo actualmente por invitación del difunto papa Francisco[1] , y que continúa con el papa León XIV.

En el documento final de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión*, los padres y madres sinodales afirman que la « *sinodalidad no es un fin en sí misma: está orientada hacia la misión que Cristo ha confiado a la Iglesia en el Espíritu. Evangelizar es la misión esencial de la Iglesia, es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad profunda. (...) La sinodalidad y la misión están íntimamente ligadas: la misión ilumina la sinodalidad y la sinodalidad impulsa a la misión* ». [2]

En la Iglesia, no caminamos solos hacia el Reino de Dios. Como miembros de nuestra Iglesia diocesana de Saint-Hyacinthe [3] , caminemos juntos para dar a conocer la alegría del Evangelio a nuestros contemporáneos. Nuestra *misión* « *es proclamar el Reino de Dios, ofreciendo a todas las personas, sin exclusión, la misericordia y el amor del Padre* ». [4]

[1] Por motivos prácticos, las notas a las que se hace referencia en el texto se encuentran al final del documento.



Caminar juntos es la expresión de la naturaleza misma de nuestra Iglesia católica como Pueblo de Dios en marcha tras Jesús, los apóstoles, los setenta y dos discípulos y las primeras comunidades cristianas: « *Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones* » (Hch 2,42).

Este camino común refuerza la credibilidad del anuncio de la salvación. Da testimonio de una comunidad unida en la diversidad de sus miembros, de su historia, de sus dones, de sus carismas, de sus talentos, de sus servicios y de sus numerosos compromisos. « *Los dones de la gracia son variados, pero es el mismo Espíritu. Los servicios son variados, pero es el mismo Señor. Las actividades son variadas, pero es el mismo Dios quien actúa en todo y en todos. A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común* ». (1 Co 12, 4-7)

La Iglesia sinodal es la Iglesia en misión. La predicación evangélica no puede separarse de la forma en que nos tratamos unos a otros y colaboramos concretamente entre nosotros, impulsados por el Espíritu Santo, en el anuncio del Evangelio en el corazón del mundo.

A través de este camino sinodal recorrido en los últimos años siguiendo los pasos del Concilio Vaticano II, nuestra Iglesia da testimonio de que vive en su seno lo que predica: la comunión y la reconciliación en Jesucristo, « *camino, verdad y vida* » (Jn 14,6), sin dejar a nadie al margen del camino.

« *Caminar juntos* » es la expresión de la propia naturaleza de nuestra Iglesia católica como Pueblo de Dios que camina siguiendo a Jesús...



Vivimos en un mundo secularizado y pluralista que transforma nuestras relaciones humanas. Con el despliegue y las múltiples posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías de la comunicación y la inteligencia artificial, podemos vernos rápidamente saturados de todo tipo de discursos, opiniones, testimonios, pensamientos, ideas, filosofías, religiones y opciones de vida. La fe cristiana no es una herencia automática, como podía serlo antaño en algunas de nuestras familias y sociedades.

El encuentro entre la predicación evangélica, el anuncio de la salvación, y la sinodalidad, *el caminar juntos*, representa un gran desafío para nuestras comunidades cristianas que viven momentos decisivos en el contexto mundial, nacional y local actual.

El espíritu de sinodalidad nos invita a vivir una dinámica pastoral de compartir. Nos convida a un estilo de vida eclesial audaz. No temamos proponer la Palabra de Dios anunciada por Jesucristo como una oferta rica de sentido para la vida cotidiana. *«¡Vamos! Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a*



guardar todo lo que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo ». (Mt 28,19-20)

Este proceso sinodal no es un repliegue sobre uno mismo, ni un simple eslogan, ni una especie de moda pasajera. Es una forma de profundizar en nuestras raíces cristianas y, al mismo tiempo, un proceso de vida, conversión y renovación para toda la Iglesia, nuestra inmensa familia de múltiples rostros llamada a caminar juntos.

En cierto modo, vivimos una especie de paradoja durante nuestras celebraciones litúrgicas, en las catequesis y en los momentos de enseñanza.

Por un lado, hay una persona que toma la palabra y, por otro, hay una asamblea que escucha. ¿No debería el espíritu de la sinodalidad reflejarse en nuestra forma de transmitir nuestros mensajes y nuestras enseñanzas del Evangelio? ¡El reto es enorme!

¿Cómo lograr que nuestras predicaciones, nuestras enseñanzas y nuestras catequesis no sean una especie de discurso dirigido al pueblo, sino más bien una toma de palabra que brota del corazón del pueblo de Dios en marcha para ser « sal de la tierra y luz del mundo »? (Mt 5, 13-14)

Exploremos cómo esta dinámica sinodal vivida en nuestra Iglesia diocesana viene a sacudir algunos de nuestros hábitos.

Sugiero cuatro vías:

- 1. Corresponsables en el anuncio**
- 2. Escucha y diálogo**
- 3. La hospitalidad de los lenguajes**
- 4. Nuestro compromiso profético**



Jubileo de los jóvenes, celebrado en Roma en 2025

1. Corresponsables en el anuncio.

De la cátedra aislada a la Palabra compartida

Tradicionalmente, la predicación se confía a un ministro ordenado: diácono, sacerdote u obispo. En muchas de nuestras comunidades cristianas, la catequesis puede recaer en agentes pastorales formados y acreditados, a veces acompañados de generosos voluntarios.

La paradoja de los predicadores y catequistas es que se encuentran solos

ante una asamblea llamada a ser protagonista.

Sin embargo, el proceso sinodal vivido en los últimos años pone de relieve que cada bautizado es un sujeto activo de la evangelización. Por lo tanto, ¿cómo «romper» esa especie de soledad de los predicadores y catequistas para reflejar el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia en camino?

El fundamento bautismal

La sinodalidad tiene sus raíces en el bautismo. El Espíritu Santo es dado a todos y todas. La Tradición habla del *sensus fidei*, *el instinto para la verdad del Evangelio, que no debe confundirse con la opinión pública* [5]. Así pues, la comprensión del Evangelio no está reservada a una especie de élite. El predicador o el catequista no

es quien posee la verdad. Su misión consiste en ayudar a los miembros de nuestras comunidades cristianas a acoger y comprender lo que el Espíritu Santo les dice en *el Hoy* de Dios: « *El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias* ». (Ap 2 y 3) La predicación y la catequesis no son una toma de poder. Son un servicio

Cada bautizado es un agente activo de la evangelización



comunitario, un compartir de nuestra fe, fruto de nuestra vida interior. ¿Cómo pueden evitar ser un acto aislado para convertirse en la expresión de la Iglesia en marcha? ¿Cómo integrar voces diversas e inclusivas en la preparación y la recepción del mensaje?

Una predicación, una enseñanza, una catequesis que no implique la corresponsabilidad del pueblo de Dios en marcha, laicos y clérigos juntos, corre el riesgo de ser un mero ejercicio intelectual o emocional desconectado de la

misión real de la Iglesia.

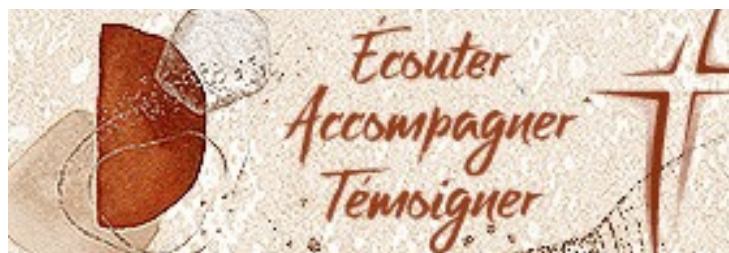
Por lo tanto, ¿no sería pertinente pasar de un auditorio pasivo a una comunidad de discípulos-misioneros en acción? Vivamos el sacerdocio común de los bautizados: comprender y anunciar la Palabra, en comunión de corazón, de espíritu y de inteligencia. Tanto los predicadores como los catequistas tienen la vocación de ser facilitadores del encuentro entre la Palabra de Dios y la vida concreta cotidiana.

2. Escucha y diálogo

Una espiritualidad de la escucha, la Iglesia en salida

La sinodalidad invita a que nuestras intervenciones no sean una especie de monólogo didáctico desconectado de la realidad de la vida cotidiana. El anuncio de la Palabra de Dios debería ser fruto de una escucha previa y de un diálogo espiritual basado en la vida de nuestros hermanos y hermanas en la humanidad. La escucha,

componente esencial de todos los aspectos de la vida de la Iglesia [1], es un acto importante de la predicación y la enseñanza. « Al escuchar a nuestros hermanos y hermanas, participamos de la actitud con la que Dios, en Jesucristo, sale al encuentro de cada uno ». [7]



En el relato de los discípulos de Emaús, Jesús se acerca a ellos. Camina a su lado sin que lo reconozcan. Jesús les pregunta: « *¿De qué habláis mientras camináis?* » (Lc 24, 17). Jesús les ofrece un espacio para expresarse, para que puedan dar voz a su tristeza, su decepción, su «desbordamiento». Cleofás y el otro discípulo desahogan todo lo que tienen en el corazón: la muerte de Jesús, el fracaso de sus esperanzas, su confusión ante el sepulcro vacío. Jesús no les interrumpe. Escucha su interpretación de los acontecimientos. Solo después de haberles escuchado, Jesús toma la palabra para reinterpretar su propia historia a la luz de las Escrituras. Jesús no cambia los hechos. Jesús cambia su forma de ver los acontecimientos.

Antes de subir a la cátedra de la verdad, como decían nuestros mayores en la fe, los predicadores deben descender a las realidades de la vida cotidiana de su comunidad local. El papa León XIV subraya cuán importante es « *conocer verdaderamente la comunidad a la que se está llamado a servir* ». [8]

Durante el Concilio Vaticano II, los padres conciliares afirmaron: « *Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de*



Los discípulos de Emaús,
pintura del hermano Charbel
de la abadía cisterciense de Rougemont

nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. » [9].

Nuestras predicaciones, nuestras enseñanzas y nuestras catequesis exigen un oído atento a los duelos, las precariedades, los interrogantes y los retos, pero también a las esperanzas y las alegrías de la vida del pueblo de Dios en marcha.

Es crucial que aprendamos cada vez más a escuchar para entrar en diálogo. Es en la escucha mutua donde el Espíritu Santo nos indicará cómo hablar al corazón del mundo de hoy, hasta en todas las periferias existenciales de la humanidad.

La transmisión de la Palabra de Dios

¿De qué manera, en nuestras parroquias y comunidades, nuestras enseñanzas, catequesis y sermones se dejan evangelizar por las experiencias, los sufrimientos, las alegrías, las dudas y las preguntas de los miembros de nuestras comunidades cristianas?

Nuestras diversas intervenciones no deben limitarse a explicar las Sagradas Escrituras. También deben ser capaces de interpretar la vida humana cotidiana a la luz de dichas Escrituras.

Me alegra que, en varias de nuestras comunidades cristianas, existan grupos de compartir la Biblia y la fe que alimentan sus reflexiones y sus vivencias cotidianas a la luz de la Palabra de Dios. Pienso en los miembros de los equipos del Cursillo, en los jóvenes adultos de «pizza-Biblia», en las parejas de los equipos Notre-Dame, en los grupos Alpha, en los participantes del grupo de evangelización de las profundidades, así como en la riqueza multiseccular de la *lectio divina* recibida de la tradición monástica y vivida en pequeñas células de intercambio. « *Nadie puede avanzar solo por el camino de una espiritualidad auténtica* ». [10]



Dejarnos evangelizar por las experiencias, los sufrimientos, las alegrías, las dudas y las preguntas de los demás

En algunas ocasiones, se recogen comentarios sobre las homilias o se solicita *feedback* para ver cómo se recibe y se vive el mensaje en el día a día. ¿Por qué no integrar en la preparación de nuestras intervenciones las preguntas recibidas por correo electrónico o escuchadas en conversaciones con hermanos y hermanas? ¡Atrévamonos a hacer eco de las ansias de los miembros de nuestras comunidades cristianas!

3. La hospitalidad de los lenguajes

En el corazón de nuestro mundo «plural»

Una Iglesia sinodal reconoce que el Evangelio se encarna en diversas culturas. La predicación, al igual que nuestra enseñanza y nuestra catequesis, no puede ser uniforme ni rígida. Debe tener en cuenta los diversos lenguajes de nuestro tiempo: digital, artístico, social, literario, etc.

El Evangelio es universal. Evangelizar de manera sinodal exige tener en cuenta la diversidad de culturas — urbana, rural, juvenil, intelectual, popular, artística, etc.—, sin pretender uniformarlas.

Seamos cuidadosos en la elección de nuestro vocabulario y en la expresión

teológica para llegar a todas las esferas de nuestras poblaciones, hasta las periferias. El uso de ciertos términos teológicos puede actuar como una barrera en algunos de nuestros entornos pastorales. El reto consiste, pues, en traducirlos a palabras de uso cotidiano, como supo hacerlo Jesús en su tiempo con sus relatos en parábolas de la vida cotidiana.



Foto: Laurent Fontaine



Foto: Laurent Fontaine



Foto: CECR St-Hyacinthe

Una visión polifónica

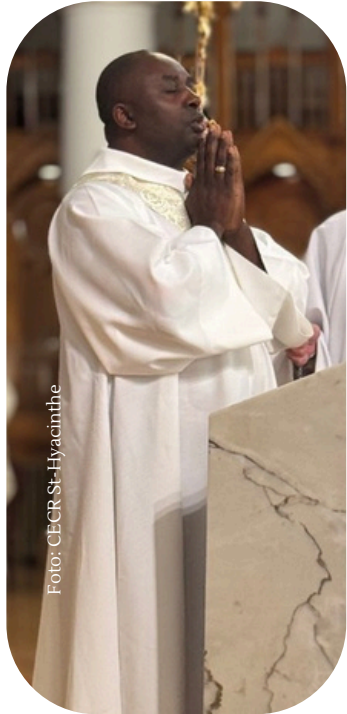


Foto: CECR St-Hyacinthe

Atrevámonos a ofrecer sermones, enseñanzas y catequesis que respeten la polifonía cultural de nuestras comunidades locales sin traicionar la profunda unidad del mensaje evangélico. ¡Alegrémonos de acoger en nuestras comunidades cristianas a nuevos hermanos y hermanas en la fe, así como a nuestros hermanos sacerdotes *fidei donum* procedentes de diferentes continentes! ¡Acogamos con alegría a los catecúmenos y a los nuevos bautizados de Pascua! [11] ¿Qué aprendemos unos de otros?

Los nuevos medios de comunicación digitales evolucionan rápidamente. « *Las posibilidades de Internet reconfiguran las relaciones, los vínculos y las fronteras* ». [12] Es un auténtico continente misionero emergente donde podemos llegar a numerosos hermanos y hermanas en la humanidad.

Atrevámonos a ocupar nuestro lugar allí. Atrevámonos a crear espacios de diálogo respetuoso, de encuentro, habitando también nosotros las redes sociales para ser allí palabras de esperanza, de sanación, de apoyo, de sentido.

En una Iglesia sinodal, el anuncio del Evangelio puede, en ocasiones, abrirse a otras formas de proclamación, como, por ejemplo, el testimonio de vida de una pareja, la interpretación de una obra de arte o, a veces, la elección de un momento de silencio meditativo bien guiado.

Valoremos las diferentes sensibilidades que existen en nuestras comunidades cristianas: jóvenes, mayores, parejas, familias, personas en situación de precariedad, etc., en el seno mismo de nuestras diversas enseñanzas, catequesis y intervenciones.



El coro de Sion en la catedral

4. Nuestro compromiso profético

Los signos de los tiempos

El evangelizador sinodal no se contentará con repetir verdades abstractas. Velará por ayudar a la comunidad local a leer la presencia de Dios en la actualidad del mundo y de su entorno de vida, a ver el alcance espiritual de lo que está sucediendo ante él, aquí y ahora.

Aprendamos a leer constantemente los signos de los tiempos, el momento favorable, el tiempo de la acción de Dios. Nuestras predicaciones, nuestras enseñanzas y nuestras catequesis se convertirán así en una especie de brújula que ayude a comprender los retos actuales de nuestras respectivas comunidades ante los desafíos éticos, espirituales, sociales, culturales, etc., a los que nos enfrentamos.

La Biblia no es un texto del pasado. Es una fuerza poderosa que actúa de generación en generación desde hace siglos. El conjunto de nuestras intervenciones tendrá como objetivo ayudar a la comunidad a preguntarse qué nos pide el Señor ante los retos de la vida en nuestras parejas y nuestras familias, ante la crisis ecológica, ante los retos de las migraciones, ante el aislamiento de tantas personas en nuestras ciudades y pueblos, ante el clamor de los pobres.



A este respecto, el papa León XIV escribe que « *la condición de los pobres representa un grito que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia* ». [13]

Hagamos que la Palabra de Dios, escuchada, se traduzca en compromisos concretos en el seno de las realidades de nuestro mundo actual en favor de la justicia, la paz, la salvaguarda de la creación, etc., proponiendo una vida fraternal, solidaria y sobria. Se trata de una misión colectiva y profética en el mundo de hoy.

Una intervención que pone en marcha

Por ejemplo, ¿por qué no concluir nuestras homilias, así como nuestras diversas enseñanzas y catequesis, con una pregunta o una pista de reflexión abierta para la semana? ¿No podría una predicación acertada terminar con una especie de « *Adelante* », ya que proporcionará a nuestros hermanos y hermanas herramientas para dar testimonio en sus lugares de trabajo, en sus familias y en sus diversos compromisos en el seno de la sociedad que nos rodea?

La sinodalidad es una forma de ser Iglesia que exige que la Palabra de Dios circule y resplandezca horizontalmente entre todos los miembros del pueblo de Dios en marcha. Lo que está en juego no es hablar mejor. Caminemos juntos bajo la guía del Espíritu Santo para anunciar con alegría el Evangelio a todas las culturas presentes en el seno de nuestras parroquias.



Camino del Perdón

Foto: CECR St-Hyacinthe



Queridos hermanos y hermanas amados, la predicación, la enseñanza y la catequesis son un acto de humildad para quien toma la palabra. Son un acto de audacia para los bautizados, miembros de nuestras comunidades, que se ponen a escuchar. La predicación evangélica en el espíritu de la sinodalidad no supone una pérdida de autoridad para quien enseña. Es una expansión de la gracia para quienes escuchan y acogen. Predicar, enseñar y catequizar de manera sinodal es aceptar que la Palabra de Dios es demasiado vasta para quedar encerrada en una sola voz.

Es reconocer que el Espíritu Santo habla tanto a través de las lágrimas de una persona marginada, del grito de un pobre acogido en nuestros centros « *Haltes Saint-Joseph* » de Iberville, Granby y Saint-Hyacinthe,

como a través de las preguntas de un joven en busca de sentido que se aloja en la sala alta de la abadía de Rougemont, de un adolescente que pasa un fin de semana de renovación en un campamento juvenil de la familia Myriam-Bethléem en Mont-Saint-Hilaire, los retos vitales de un miembro del Movimiento de Trabajadores Cristianos, de un preso encarcelado en la prisión de Sorel o de Cowansville, o

de la experiencia de vida de una persona mayor, que a través de los valiosos libros de teología, espiritualidad, exégesis...

Aquí hay un reto que afrontar en la formación « *integral, continua y compartida* » [14] de los discípulos-misioneros con vistas a la transmisión de esta «mina de oro» a las próximas generaciones.

A modo de envío: seamos signos de esperanza

Descubramos y despertemos los dones y carismas que Dios deposita en cada uno de nosotros, suscitando la audacia y el gusto por ponerlos en movimiento, convirtiéndonos así en testigos de la gracia que actúa.

El criterio de éxito de una evangelización en modo sinodal no se mide por la elocuencia del orador, sino por la capacidad de la comunidad de levantarse y decir con un solo corazón y una sola alma: *¡esto es lo que hemos comprendido y así es como lo vamos a vivir juntos!*

Amigos de Jesucristo, apasionados por transmitir la alegría del Evangelio, que nuestros corazones se amolden al suyo, que nuestras palabras no sean muros que separen al que sabe del que no sabe; que sean puentes que permitan a cada bautizado convertirse, a su vez, en portador y fermento de esperanza en un mundo que atraviesa, en estos años, una grave crisis de desesperanza.

Depositaremos en el corazón de Dios todas las dimensiones presentes y futuras de nuestra vida diocesana, así como de nuestras comunidades cristianas locales. Pidamos a la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, que « *nos enseñe a ser un pueblo de discípulos misioneros que caminan juntos: una Iglesia sinodal* ». [15] ¡Adelante, juntos con el apoyo del beato Louis Zéphirin Moreau, unidos en la inmensa ternura de Dios!

+ Christian Rodembourg

Notas

[1] Recordemos que en nuestra diócesis más de 1000 personas participaron en este proceso sinodal iniciado por el papa Francisco y que se remitieron 100 informes al equipo sinodal diocesano, lo que permitió la finalización de nuestro documento de síntesis.

[2] Por una Iglesia sinodal, n.º 32

[3] Los miembros del Consejo Pastoral Diocesano y Misionero tienen la misión de ayudar al obispo en la acogida y la actualización de los frutos del proceso sinodal vivido en los últimos años en la Iglesia. Les doy las gracias por su servicio fraternal.

[4] Por una Iglesia sinodal, n.º 140

[5] *Ibid.*, n.º 22

[6] *Ibid.*, n.º 78

[7] *Ibid.*, n.º 51

[8] Vaticano, sala Pablo VI, 19 de febrero de 2026

[9] *Gaudium et Spes*, n.º 1

[10] Por una Iglesia sinodal, n.º 43

[11] Este año, una treintena de jóvenes adultos recibirán el bautismo en Pascua en nuestra diócesis.

[12] Por una Iglesia sinodal, n.º 11

[13] *Dilexi Te*, n.º 9

[14] Por una Iglesia sinodal, n.º 143

[15] *Ibid.*, n.º 155

Versiones en línea:

inglés
español
francés



ISSN 2564-5293

Infografía: L. Fontaine, Servicio de Comunicación

Fotografías: Canva, M. Jacques, I. Lefort, J. Sánchez, L. Fontaine, Halte St-Joseph, Pixabay, CECR St-Hyacinthe

Dirección: Obispado de Saint-Hyacinthe
1900, calle Girouard Oeste
C.P. 190
Saint-Hyacinthe, Quebec
J2S 7B4

Contacto: 450 773 - 8581 - ecdsh.org



Photo: I. Lefort